

5.4. DESCARTES:

Discurso del Método. II, IV (Trad. G. Quintas Alonso). Ed. Alfaguara. Madrid. 1981, pp. 14-18, 24-30.

SEGUNDA PARTE

Pero al igual que un hombre que camina solo y en la oscuridad, tomé la resolución de avanzar tan lentamente y de usar tal circunspección en todas las cosas que aunque avanzase muy poco, al menos me cuidaría al máximo de caer. Por otra parte, no quise comenzar a rechazar por completo algunas de las opiniones que hubiesen podido deslizarse durante otra etapa de mi vida en mis creencias sin haber sido asimiladas en la virtud de la razón, hasta que no hubiese empleado el tiempo suficiente para completar el proyecto emprendido e indagar el verdadero método con el fin de conseguir el conocimiento de todas las cosas de las que mi espíritu fuera capaz.

Había estudiado un poco, siendo más joven, la lógica de entre las partes de la filosofía; de las matemáticas el análisis de los geómetras y el álgebra. Tres artes o ciencias que debían contribuir en algo a mi propósito. Pero habiéndolas examinado, me percaté que en relación con la lógica, sus silogismos y la mayor parte de sus reglas sirven más para explicar a otro cuestiones ya conocidas o, también, como sucede con el arte de Lulio, para hablar sin juicio de aquellas que se ignoran que para llegar a conocerlas. Y si bien la lógica contiene muchos preceptos verdaderos y muy adecuados, hay, sin embargo, mezclados con estos otros muchos que o bien son perjudiciales o bien superfluos, de modo que es tan difícil separarlos como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol aún no trabajado. Igualmente, en relación con el análisis de los antiguos o el álgebra de los modernos, además de que no se refieren sino a muy abstractas materias que parecen carecer de todo uso, el primero está tan circunscrito a la consideración de las figuras que no permite ejercer el entendimiento sin fatigar excesivamente la imaginación. La segunda está tan sometida a ciertas reglas y cifras que se ha convertido en un arte confuso y oscuro capaz de distorsionar el ingenio en vez de ser una ciencia que favorezca su desarrollo. Todo esto fue la causa por la que pensaba que era preciso indagar otro método que, asimilando las ventajas de estos tres, estuviera exento de sus defectos. Y como la multiplicidad de leyes frecuentemente sirve para los vicios de tal forma que un Estado está mejor regido cuando no existen más que unas pocas leyes que son minuciosamente observadas, de la misma forma, en lugar del gran número de preceptos del cual está compuesta la lógica, estimé que tendría suficiente con los cuatro siguientes con tal de que tomase la firme y constante resolución de no incumplir ni una sola vez su observancia.

El primero consistía en no admitir cosa alguna como verdadera si no se la había conocido evidentemente como tal. Es decir, con todo cuidado debía evitar la precipitación y la prevención, admitiendo exclusivamente en mis juicios aquello que se presentara tan clara y distintamente a mi espíritu que no tuviera motivo alguno para ponerlo en duda.

El segundo exigía que dividiese cada una de las dificultades a examinar en tantas parcelas como fuera posible y necesario para resolverlas más fácilmente.

El tercero requería conducir por orden mis reflexiones comenzando por los objetos más simples y más fácilmente cognoscibles, para ascender poco a poco, gradualmente, hasta el conocimiento de los más complejos, suponiendo inclusive un orden entre aquellos que no se preceden naturalmente los unos a los otros.

Según el último de estos preceptos debería realizar recuentos tan completos y revisiones tan amplias que pudiese estar seguro de no omitir nada.

Las largas cadenas de razones simples y fáciles, por medio de las cuales generalmente los geómetras llegan a alcanzar las demostraciones más difíciles, me habían proporcionado la ocasión de imaginar que todas las cosas que pueden ser objeto del conocimiento de los hombres se entrelazan de igual forma y que, absteniéndose de admitir como verdadera alguna que no lo sea y guardando siempre el orden necesario para deducir unas de otras, no puede haber algunas tan alejadas de nuestro conocimiento que no podamos, finalmente, conocer ni tan ocultas que no podamos llegar a descubrir. No supuso para mi una gran dificultad el decidir por cuales era necesario iniciar el estudio: previamente sabía que debía ser por las más simples y las más fácilmente cognoscibles. Y considerando que entre todos aquellos que han intentado buscar la verdad en el campo de las ciencias, solamente los matemáticos han establecido algunas demostraciones, es decir, algunas razones ciertas y evidentes, no dudaba que debía comenzar por las mismas que ellos habían examinado. No esperaba alcanzar alguna unidad si exceptuamos el que habituarían mi ingenio a considerar atentamente la verdad y a no contentarse con falsas razones. Pero, por ello, no llegué a tener el deseo de conocer todas las ciencias particulares que comúnmente se conocen como matemáticas, pues viendo que aunque sus objetos son diferentes, sin embargo, no dejan de tener en común el que no consideran otra cosa, sino las diversas relaciones y posibles proporciones que entre los mismos se dan, pensaba que poseían un mayor interés que examinase solamente las proporciones en general y en relación con aquellos sujetos que servirían para hacer más cómodo el conocimiento. Es más, sin vincularlas en forma alguna a ellos para poder aplicarlas tanto mejor a todos aquellos que conviniera. Posteriormente, habiendo advertido que para analizar tales proporciones tendría necesidad en alguna ocasión de considerar a cada una en particular y en otras ocasiones solamente debería retener o comprender varias conjuntamente en mi memoria, opinaba que para mejor analizarlas en particular, debía suponer que se daban entre líneas puesto que no encontraba nada más simple ni que pudiera representar con mayor distinción ante mi imaginación y sentidos; pero para retener o considerar varias conjuntamente, era preciso que las diera a conocer mediante algunas cifras, lo más breves que fuera posible. Por este medio recogería lo mejor que se da en el análisis geométrico y en el álgebra, corrigiendo, a la vez, los defectos de una mediante los procedimientos de la otra.

Y como, en efecto, la exacta observancia de estos escasos preceptos que había escogido, me proporcionó tal facilidad para resolver todas las cuestiones, tratadas por estas dos ciencias, que en dos o tres meses que empleé en su examen, habiendo comenzado por las más simples y más generales, siendo, a la vez, cada verdad que encontraba una regla útil con vistas a alcanzar otras verdades, no solamente llegué a concluir el análisis de cuestiones que en otra ocasión había juzgado de gran dificultad, sino que también me pareció, cuando concluía este trabajo, que podía determinar en tales cuestiones en qué medios y hasta dónde era posible alcanzar soluciones de lo que ignoraba. En lo cual no pareceré ser

excesivamente vanidoso si se considera que no habiendo más que un conocimiento verdadero de cada cosa, aquel que lo posee conoce cuanto se puede saber. Así un niño instruido en aritmética, habiendo realizado una suma según las reglas pertinentes puede estar seguro de haber alcanzado todo aquello de que es capaz el ingenio humano en lo relacionado con la suma que él examina. Pues el método que nos enseña a seguir el verdadero orden y a enumerar verdaderamente todas las circunstancias de lo que se investiga, contiene todo lo que confiere certeza a las reglas de la Aritmética.

Pero lo que me producía más agrado de este método era que siguiéndolo estaba seguro de utilizar en todo mi razón, si no de un modo absolutamente perfecto, al menos de la mejor forma que me fue posible. Por otra parte, me daba cuenta de que la práctica del mismo habituaba progresivamente mi ingenio a concebir de forma más clara y distinta sus objetos y puesto que no lo había limitado a materia alguna en particular, me prometía aplicarlo con igual utilidad a dificultades propias de otras ciencias al igual que lo había realizado con las del Álgebra. Con esto no quiero decir que pretendiese examinar todas aquellas dificultades que se presentasen en un primer momento, pues esto hubiera sido contrario al orden que el método prescribe. Pero habiéndome prevenido de que sus principios deberían estar tomados de la filosofía, en la cual no encontraba alguno cierto, pensaba que era necesario ante todo que tratase de establecerlos. Y puesto que era lo más importante en el mundo y se trataba de un tema en el que la precipitación y la prevención eran los defectos que más se debían temer, juzgué que no debía intentar tal tarea hasta que no tuviese una madurez superior a la que se posee a los veintitrés años, que era mi edad, y hasta que no hubiese empleado con anterioridad mucho tiempo en prepararme, tanto desarraigando de mi espíritu todas las malas opiniones y realizando un acopio de experiencias que deberían constituir la materia de mis razonamientos, como ejercitándome siempre en el método que me había prescrito con el fin de afianzarme en su uso cada vez más.

CUARTA PARTE

No sé si debo entreteneros con las primeras meditaciones allí realizadas, pues son tan metafísicas y tan poco comunes, que no serán del gusto de todos. Y sin embargo, con el fin de que se pueda opinar sobre la solidez de los fundamentos que he establecido, me encuentro en cierto modo obligado a referirme a ellas. Hacía tiempo que había advertido que, en relación con las costumbres, es necesario en algunas ocasiones opiniones muy inciertas tal como si fuesen indudables, según he advertido anteriormente. Pero puesto que deseaba entregarme solamente a la búsqueda de la verdad, opinaba que era preciso que hiciese todo lo contrario y que rechazase como absolutamente falso todo aquello en lo que pudiera imaginar la menor duda, con el fin de comprobar si, después de hacer esto, no quedaría algo en mi creencia que fuese enteramente indudable. Así pues, considerando que nuestros sentidos en algunas ocasiones nos inducen a error, decidí suponer que no existía cosa alguna que fuese tal como nos la hacen imaginar. Y puesto que existen hombres que se equivocan al razonar en cuestiones relacionadas con las más sencillas materias de la geometría y que incurrir en paralogismos, juzgando que yo, como cualquier otro estaba sujeto a error, rechazaba como falsas todas las razones que hasta entonces había admitido como demostraciones. Y, finalmente, considerado que hasta los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos pueden asaltarnos cuando dormimos, sin que ninguno en tal estado sea verdadero, me resolví a fingir que todas las cosas que hasta entonces habían alcanzado mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero, inmediatamente después, advertí que, mientras deseaba pensar de este modo que todo era falso, era absolutamente necesario que

yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa. Y dándome cuenta de que esta verdad: pienso, luego soy, era tan firme y tan segura que todas las extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de hacerla tambalear, juzgué que podía admitirla sin escrúpulo como el primer principio de la filosofía que yo indagaba.

Posteriormente, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía fingir que carecía de cuerpo, así como que no había mundo o lugar alguno en el que me encontrase, pero que, por ello, no podía fingir que yo no era, sino que por el contrario, sólo a partir de que pensaba dudar acerca de la verdad de otras cosas, se seguía muy evidente y ciertamente que yo era, mientras que, con sólo que hubiese cesado de pensar, aunque el resto de lo que había imaginado hubiese sido verdadero, no tenía razón alguna para creer que yo hubiese sido, llegué a conocer a partir de todo ello que era una sustancia cuya esencia o naturaleza no reside sino en pensar y que tal sustancia, para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De suerte que este yo, es decir, el alma, en virtud de la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, no dejaría de ser todo lo que es.

Analizadas estas cuestiones, reflexionaba en general sobre todo lo que se requiere para afirmar que una proposición es verdadera y cierta, pues, dado que acababa de identificar una que cumplía tal condición, pensaba que también debía conocer en qué consiste esta certeza. Y habiéndome percatado que nada hay en pienso, luego soy que me asegure que digo la verdad, a no ser que yo veo muy claramente que para pensar es necesario ser, juzgaba que podía admitir como regla general que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; no obstante, hay solamente cierta dificultad en identificar correctamente cuáles son aquellas que concebimos distintamente.

A continuación, reflexionando sobre que yo dudaba y que, en consecuencia, mi ser no era omnipotente pues claramente comprendía que era una perfección mayor el conocer que el dudar, comencé a indagar de dónde había aprendido a pensar en alguna cosa más perfecta de lo que yo era; conocí con evidencia que debía ser en virtud de alguna naturaleza que realmente fuese más perfecta. En relación con los pensamientos que poseía de seres que existen fuera de mí, tales como el cielo, la tierra, la luz, el calor y otros mil, no encontraba dificultad alguna en conocer de dónde provenían pues no constatando nada en tales pensamientos que me pareciera hacerlos superiores a mí, podía estimar que si eran verdaderos, fueran dependientes de mi naturaleza, en tanto que posee alguna perfección; si no lo eran, que procedían de la nada, es decir, que los tenía porque había defecto en mí. Pero no podía opinar lo mismo acerca de la idea de un ser más perfecto que el mío, pues que procediese de la nada era algo manifiestamente imposible y puesto que no hay una repugnancia menor en que lo más perfecto sea una consecuencia y esté en dependencia de lo menos perfecto, que la existencia en que algo proceda de la nada, concluí que tal idea no podía provenir de mí mismo. De forma que únicamente restaba la alternativa de que hubiese sido inducida en mí por una naturaleza que realmente fuese más perfecta de lo que era la mía y, también, que tuviese en sí todas las perfecciones de las cuales yo podía tener alguna idea, es decir, para explicarlo con una palabra que fuese Dios. A esto añadía que, puesto que conocía algunas perfecciones que en absoluto poseía, no era el único ser que existía (permitidme que use con libertad los términos de la escuela), sino que era necesariamente preciso que existiese otro ser más perfecto del cual dependiese y del que yo hubiese adquirido todo lo que tenía.

Pues si hubiese existido solo y con independencia de todo otro ser, de suerte que hubiese tenido por mi mismo todo lo poco que participaba del ser perfecto, hubiese podido, por la misma razón, tener por mi mismo cuanto sabía que me faltaba y, de esta forma, ser infinito, eterno, inmutable, omnisciente, todopoderoso y, en fin, poseer todas las perfecciones que podía comprender que se daban en Dios. Pues siguiendo los razonamientos que acabo de realizar, para conocer la naturaleza de Dios en la medida en que es posible a la mía, solamente debía considerar todas aquellas cosas de las que encontraba en mí alguna idea y si poseerlas o no suponía perfección; estaba seguro de que ninguna de aquellas ideas que indican imperfección estaban en él, pero sí todas las otras. De este modo me percataba de que la duda, la inconstancia, la tristeza y cosas semejantes no pueden estar en Dios, puesto que a mi mismo me hubiese complacido en alto grado el verme libre de ellas. Además de esto, tenía idea de varias cosas sensibles y corporales; pues, aunque supusiese que soñaba y que todo lo que veía o imaginaba era falso, sin embargo, no podía negar que esas ideas estuvieran verdaderamente en mi pensamiento. Pero puesto que había conocido en mí muy claramente que la naturaleza inteligente es distinta de la corporal, considerando que toda composición indica dependencia y que ésta es manifiestamente un defecto, juzgaba por ello que no podía ser una perfección de Dios al estar compuesto de estas dos naturalezas y que, por consiguiente, no lo estaba; por el contrario, pensaba que si existían cuerpos en el mundo o bien algunas inteligencias u otras naturalezas que no fueran totalmente perfectas, su ser debía depender de su poder de forma tal que tales naturalezas no podrían subsistir sin él ni un solo momento.

Posteriormente quise indagar otras verdades y habiéndome propuesto el objeto de los géometras, que concebía como un cuerpo continuo o un espacio indefinidamente extenso en longitud, anchura y altura o profundidad, divisible en diversas partes, que podían poner diversas figuras y magnitudes, así como ser movidas y trasladadas en todas las direcciones, pues los géometras suponen esto en su objeto, repasé algunas de las demostraciones más simples. Y habiendo advertido que esta gran certeza que todo el mundo les atribuye, no está fundada sino que se las concibe con evidencia, siguiendo la regla que anteriormente he expuesto, advertí que nada había en ellas que me asegurase de la existencia de su objeto. Así, por ejemplo, estimaba correcto que, suponiendo un triángulo, entonces era preciso que sus tres ángulos fuesen iguales a dos rectos; pero tal razonamiento no me aseguraba que existiese triángulo alguno en el mundo. Por el contrario, examinando de nuevo la idea que tenía de un Ser Perfecto, encontraba que la existencia estaba comprendida en la misma de igual forma que en la del triángulo está comprendida la de que sus tres ángulos sean iguales a dos rectos o en la de una esfera que todas sus partes equidisten del centro e incluso con mayor evidencia. Y, en consecuencia, es por lo menos tan cierto que Dios, el Ser Perfecto, es o existe como lo pueda ser cualquier demostración de la geometría.

Pero lo que motiva que existan muchas personas persuadidas de que hay una gran dificultad en conocerle y, también, en conocer la naturaleza de su alma, es el que jamás elevan su pensamiento sobre las cosas sensibles y que están hasta tal punto habituados a no considerar cuestión alguna que no sean capaces de imaginar (como de pensar propiamente relacionado con las cosas materiales), que todo aquello que no es imaginable, les parece ininteligible. Lo cual es bastante manifiesto en la máxima que los mismos filósofos defienden como verdadera en las escuelas, según la cual nada hay en el entendimiento que previamente no haya impresionado los sentidos. En efecto, las ideas de Dios y el alma nunca han impresionado los sentidos

y me parece que los que desean emplear su imaginación para comprenderlas, hacen lo mismo que si quisieran servirse de sus ojos para oír los sonidos o sentir los olores. Existe aún otra diferencia: que el sentido de la vista no nos asegura menos de la verdad de sus objetos que lo hacen los del olfato u oído, mientras que ni nuestra imaginación ni nuestros sentidos podrían asegurarnos cosa alguna si nuestro entendimiento no interviniese.

En fin, si aún hay hombres que no están suficientemente persuadidos de la existencia de Dios y de su alma en virtud de las razones aducidas por mí, deseo que sepan que todas las otras cosas, sobre las cuales piensan estar seguros, como de tener un cuerpo, de la existencia de astros, de una tierra y cosas semejantes, son menos ciertas. Pues, aunque se tenga una seguridad moral de la existencia de tales cosas, que es tal que, a no ser que se peque de extravagancia, no se puede dudar de las mismas, sin embargo, a no ser que se peque de falta de razón, cuando se trata de una certeza metafísica, no se puede negar que sea razón suficiente para no estar enteramente seguro el haber constatado que es posible imaginarse de igual forma, estando dormido, que se tiene otro cuerpo, que se ven otros astros y otra tierra, sin que exista ninguno de tales seres. Pues ¿cómo podemos saber que los pensamientos tenidos en el sueño son más falsos que los otros, dado que frecuentemente no tienen vivacidad y claridad menor?. Y aunque los ingenios más capaces estudien esta cuestión cuanto les plazca, no creo puedan dar razón alguna que sea suficiente para disipar esta duda, si no presuponen la existencia de Dios. Pues, en primer lugar, incluso lo que anteriormente he considerado como una regla (a saber: que lo concebido clara y distintamente es verdadero) no es válido más que si Dios existe, es un ser perfecto y todo lo que hay en nosotros procede de él. De donde se sigue que nuestras ideas o nociones, siendo seres reales, que provienen de Dios, en todo aquello en lo que son claras y distintas, no pueden ser sino verdaderas. De modo que, si bien frecuentemente poseemos algunas que encierran falsedad, esto no puede provenir sino de aquellas en las que algo es confuso y oscuro, pues en esto participan de la nada, es decir, que no se dan en nosotros sino porque no somos totalmente perfectos. Es evidente que no existe una repugnancia menor en defender que la falsedad o la imperfección, en tanto que tal, procedan de Dios, que existe en defender que la verdad o perfección proceda de la nada. Pero si no conocemos que todo lo que existe en nosotros de real y verdadero procede de un ser perfecto e infinito, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas, no tendríamos razón alguna que nos asegurara de que tales ideas tuviesen la perfección de ser verdaderas.

Por tanto, después de que el conocimiento de Dios y el alma nos han convencido de la certeza de esta regla, es fácil conocer que los sueños que imaginamos cuando dormimos, no deben en forma alguna hacernos dudar de la verdad de los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos. Pues, si sucediese, inclusive durmiendo, que se tuviese alguna idea muy distinta como, por ejemplo, que algún geómetra lograra alguna nueva demostración, su sueño no impediría que fuese verdad. Y en relación con el error más común de nuestros sueños, consistente en representarnos diversos objetos de la misma forma que la obtenida por los sentidos exteriores, carece de importancia el que nos dé ocasión para desconfiar de la verdad de tales ideas, pues pueden inducirnos a error frecuentemente sin que durmamos como sucede a aquellos que padecen de ictericia que todo lo ven de color amarillo o cuando los astros u otros cuerpos demasiado alejados nos parecen de tamaño mucho menor del que en realidad poseen. Pues, bien, estemos en estado de vigilia o bien durmamos, jamás debemos dejarnos persuadir sino por la evidencia de nuestra razón. Y es preciso señalar, que yo afirmo, de nuestra razón y no de nuestra

imaginación o de nuestros sentidos, pues aunque vemos el sol muy claramente no debemos juzgar por ello que no posea sino el tamaño con que lo vemos y fácilmente podemos imaginar con cierta claridad una cabeza de león unida al cuerpo de una cabra sin que sea preciso concluir que exista en el mundo una quimera, pues la razón no nos dicta que lo que vemos o imaginamos de este modo, sea verdadero. Por el contrario nos dicta que todas nuestras ideas o nociones deben tener algún fundamento de verdad, pues no sería posible que Dios, que es sumamente perfecto y veraz, las haya puesto en nosotros careciendo del mismo. Y puesto que nuestros razonamientos no son jamás tan evidentes ni completos durante el sueño como durante la vigilia, aunque algunas veces nuestras imágenes sean tanto o más vivas y claras, la razón nos dicta igualmente que no pudiendo nuestros pensamientos ser todos verdaderos, ya que nosotros no somos omniperfectos, lo que existe de verdad debe encontrarse infaliblemente en aquellos que tenemos estando despiertos más bien que en los que tenemos mientras soñamos.

DESCRIPCIÓN DEL CONTEXTO HISTÓRICO-CULTURAL Y FILOSÓFICO QUE INFLUYE EN EL AUTOR DEL TEXTO.

HISTÓRICO

El siglo XVII es un siglo de crisis total para el pensamiento europeo. En primer lugar es una crisis política, "Guerra de los Treinta años" (1618-1648), que enfrenta a unos estados alemanes contra otros y que implica a toda Europa. Este conflicto bélico tiene como base la religión, porque se enfrentan católicos frente a reformistas.

Este conflicto bélico trajo consigo una profunda crisis económica, especialmente en el ámbito de la agricultura.

La crisis económica desemboca en una crisis demográfica, ocasionada por las hambrunas.

También es una crisis religiosa. La autoridad papal ya no es aceptada, triunfa la reforma protestante de Lutero, se forma la compañía de Jesús; en definitiva, se produce la desintegración de la iglesia.

En el orden social se consolidan las monarquías absolutistas.

CULTURAL

El barroco va a recoger como ideas fundamentales el carácter ilusorio de la vida y la presencia amenazante de la muerte.

Calderón de la Barca con su obra teatral "La vida es sueño" juega con esta visión de la vida que influirá en el proceso de duda cartesiano.

FILOSÓFICO

Durante toda la Edad Antigua S.V- S. XIII el pensamiento en occidente se caracteriza por las grandes síntesis filosófico-cristianas, elaboradas sobre las bases de la filosofía griega, como son: el cristianismo platónico de San Agustín de Hipona y el cristianismo aristotélico de Santo Tomás de Aquino.

El siglo XIV representa el derrumbamiento de esas dos grandes filosofías. Guillermo de Ockham fue el encargado, con su famosa navaja, de separar la relación razón y fe y devolverle a la razón su autonomía.

Durante toda la Edad Media la filosofía tenía un enfoque teocéntrico. Con la llegada del Renacimiento (S.XV – S. XVI) el Humanismo reclama una visión antropocéntrica, se le otorga al ser humano un valor fundamental, convirtiéndose en el centro de toda reflexión filosófica.

Pero el cambio más radical del momento se produce en el ámbito de la ciencia, particularmente en la astronomía: se sustituye la imagen geocéntrica del universo por la heliocéntrica. El primer sistema astronómico fue obra de Ptolomeo en el siglo II a. c. y completado más tarde por Aristóteles, que incluía: geocentrismo, esferas concéntricas entorno a la estable tierra, movimiento circular como movimiento más perfecto, finitud del cosmos etc. El destructor del sistema ptolemaico fue Copérnico (1473-1543) , al atribuirle a la tierra un doble movimiento y situar al sol en el centro del universo. Copérnico mantuvo la circularidad de las órbitas hasta que Kepler (1575-1630), estableció que los planetas se mueven en elipses con el sol en uno de sus focos. Gracias al descubrimiento del telescopio, Galileo (1564-1642) pudo comprobar todos estos cambios científicos.

La mayor contribución de Galileo a la ciencia fue el convencimiento de que para estudiar la Naturaleza se ha de recurrir al método experimental (análisis y síntesis) y que la Naturaleza está escrita en lenguaje matemático.

DESCARTES inaugura en el siglo XVII un nuevo periodo dentro del pensamiento filosófico occidental. Descartes junto con Leibnitz, Espinoza y Malebranche

pertenecen a una nueva corriente filosófica denominada RACIONALISMO, que le da una importancia y un valor fundamental a la RAZÓN. Este racionalismo supone:

1º-La razón es la fuente del conocimiento, nuestros conocimientos acerca de la realidad no proceden de los sentidos o la experiencia sensible, sino del entendimiento.

2º-Nuestro conocimiento de la realidad se va a construir deductivamente, a partir de ciertos principios e ideas innatas, es decir, que el entendimiento posee en si mismo, al margen de toda experiencia sensible.

Las MATEMÁTICAS son el ideal de conocimiento que el racionalismo quiere instaurar.

RENE DESCARTES (1596-1650) nace en La Haye (Francia). Fue educado en el colegio jesuita de "La Fleché".Al terminar sus estudios de filosofía, tras un largo periodo de viajes y de servir como soldado, se traslada a Holanda y llevando una vida solitaria y de incógnito escribe sus grandes obras: "Discurso del método", "Meditaciones metafísicas", "Los principios de la filosofía", "Las reglas para la dirección del espíritu". Sus obras están escritas de forma autobiográfica.

IDENTIFICACIÓN Y EXPLICACIÓN DEL CONTENIDO DEL TEXTO

SEGUNDA PARTE: EL MÉTODO.

El texto que estamos comentando pertenece a la obra de Descartes "El discurso del método". En su segunda parte Descartes analiza su método de conocimiento.

Descartes es un filósofo racionalista del siglo XVII que le da una importancia fundamental a la razón. Este racionalismo afirma:

- La fuente fundamental del conocimiento es la razón que nuestro conocimiento de la realidad no procede de los sentidos, de la experiencia sensible sino del entendimiento, de la razón.
- El racionalismo al igual que la ciencia va a utilizar el método deductivo. Para el racionalismo nuestro conocimiento de la realidad va a ser construido deductivamente a partir de principios, de ideas que el entendimiento, la razón posee en si mismo al margen de la experiencia sensible, es decir, son innatas.

El tema fundamental del texto es el método de conocimiento que Descartes elabora. A Descartes le maravillaban las matemáticas, y por eso las toma como modelo para elaborar su método. Es un método deductivo que se basa en la razón, que es lo que caracteriza al ser humano, su esencia.

Descartes define el método como el conjunto de reglas ciertas y fáciles que quien las siga correctamente jamás cometerá un error.

En su obra "Las reglas para la dirección del espíritu" Descartes elabora 21 reglas pero las reduce a 4 reglas fundamentales:

1. Regla de la evidencia
2. Regla del análisis

3. Regla de la síntesis

4. Regla de la enumeración

Este método, que lo toma de las matemáticas, debe justificarlo y para ello lleva a cabo una crítica radical a todo el conocimiento anterior poniéndolo todo en duda. En primer lugar duda de los sentidos, en segundo lugar duda de la realidad y en tercer lugar de las matemáticas. Tras esta duda va a encontrar su primera verdad absolutamente cierta "Pienso, luego existo." A partir de esta primera verdad va a deducir otras verdades: Dios y el Mundo.

CUARTA PARTE: YO.

El texto que estamos comentando pertenece a la obra de Descartes "El discurso del método". En su cuarta parte Descartes analiza los principios o fundamentos de su filosofía.

El tema fundamental de este fragmento es el Yo, la Sustancia Pensante, el Alma. El Yo es la primera verdad absolutamente cierta que encuentra Descartes después de su duda radical. A partir de esta verdad, Descartes va a deducir otras verdades: la existencia de Dios y la existencia del Mundo. Este orden subjetivo no se corresponde con el verdadero orden objetivo Dios, Mundo y Yo.

El ser humano se compone de dos sustancias, la sustancia pensante o el alma y la sustancia extensa o el cuerpo. El alma, la sustancia pensante o la razón es lo que caracteriza al ser humano, su esencia.

La sustancia pensante es racional, la sustancia extensa es física y material. Como sustancia extensa el ser humano está sometido a las leyes mecanicistas, universales y necesarias de la naturaleza. Como sustancia pensante el ser humano es libre en el ámbito de la moralidad. La libertad es una facultad que posee el ser humano. La libertad consiste en actuar sin estar determinado por nada externo a nosotros mismos.

Descartes añade que el ser humano es finito. Su cuerpo es mortal pero su alma es inmortal.

CUARTA PARTE: DIOS.

El texto que estamos comentando pertenece a la obra de Descartes "El discurso del método". En su cuarta parte Descartes analiza los principios o fundamentos de su filosofía.

El tema fundamental de este fragmento es la existencia de Dios. A partir de su primera verdad absolutamente cierta: "Pienso, luego existo", Descartes va a deducir la existencia de Dios. En esa deducción Descartes descubre que la idea de Dios es innata, es decir, que nacemos con ella. Esta idea la pone Dios en mí. No la puedo poner yo, porque soy un ser finito, sólo Dios que es un ser Infinito, puede ponerla en mí. A partir de la existencia de Dios, Descartes deduce la existencia del Mundo. Pero objetivamente Dios es el primer ser y de él dependen todos los demás seres que han sido creados por él.

Dios es una sustancia que se caracteriza por su Perfección e Infinitud. Dios es único, eterno, todopoderoso, omnisciente, inmutable y creador de todos los seres.

Descartes demuestra la existencia de Dios por medio de tres argumentos racionales:

1. Dios es un ser Infinito, la idea de Dios como ser Infinito requiere haber sido producida por una causa también infinita, es decir de la misma proporción. Es ser humano como ser infinito no puede producir una idea infinita, sino proporcional a él, es decir finita. Yo no puedo haber puesto la idea de Dios en mí mismo porque soy un ser finito por lo tanto esa idea la ha puesto en mí Dios, por tanto Dios existe.
2. En la idea de Dios están incluidas todas las perfecciones, Dios es infinitamente bueno, verdadero, omnisciente, omnipresente, eterno, único, todopoderoso etc, no le puede faltar una cualidad que el ser humano tiene, la existencia, por lo tanto Dios existe.
3. El ser humano es un ser finito, limitado, imperfecto. Si fuese la causa de sí mismo se hubiese dado todas las perfecciones. Pero perfecto sólo es Dios. Como no puede ser causa de sí mismo, ha tenido que ser causado por una causa infinita, Dios, luego, Dios existe.

FILOSOFÍA DE DESCARTES.

La figura de Descartes inaugura en el siglo XVII un nuevo periodo dentro del pensamiento filosófico occidental. Descartes, Malebranche, Leibnitz y Spinoza pertenecen a una nueva corriente filosófica denominada RACIONALISMO. En términos generales el Racionalismo es una actitud que le confiere una importancia y un valor fundamental a la razón. Este racionalismo supone la autonomía absoluta de la razón. La razón no va a estar dirigida por nada diferente a ella misma, como por la tradición, la fe religiosa o la autoridad.

Esta autonomía de la razón supone dos cosas:

1_ La fuente fundamental del conocimiento es la razón, nuestro conocimiento de la realidad no procede de los sentidos, de la experiencia sensible, sino del entendimiento, de la razón.

2_ Así como el método de la ciencia moderna es el método deductivo, donde a partir de ciertos principios universales se deducen leyes que explican los hechos; en el racionalismo también se va a utilizar la deducción. Para el racionalismo nuestro conocimiento de la realidad va a ser construido deductivamente a partir de ideas, principios, que el entendimiento (la razón) posee en sí mismo al margen de la experiencia sensible, es decir son Innatas.

Las matemáticas ejemplifican el ideal de conocimiento que Descartes intenta instaurar. Descartes pretende construir una nueva filosofía tomando como modelo las matemáticas.

René Descartes nace el 31 de marzo de 1596 en Francia, en el seno de una familia acomodada, su modesta fortuna le permite dedicarse al estudio de la filosofía.

Desde niño fue educado en el colegio Jesuita de la Fleché y allí conoció toda la filosofía anterior fundamentalmente Platón, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. Cuando Descartes sale de la escuela se dedica a viajar. Terminada esta etapa Descartes sirve como soldado en el ejército. Cuando acaba su periodo militar se traslada a París. Decide dedicarse a la filosofía pero para ello se traslada a Holanda allí va a llevar una vida solitaria, bohemia. Durante este tiempo escribirá sus grandes obras "Discurso del método", "Reglas para la dirección del espíritu", "Tratado de las pasiones Humanas" "Meditaciones metafísicas" " Los principios de la filosofía".

Descartes escribe sus obras de forma autobiográfica.

Pronto va a ser conocida en Francia la filosofía de Descartes. Su primer discípulo Leroy, va a darla a conocer en la universidad de Utrecht. Se emprende contra la filosofía de Descartes una cruzada. Las obras de Descartes estuvieron a punto de ser quemadas pero no se produjo este hecho.

Descartes se traslada a Suecia, invitado por la reina Cristina, allí es recibido con los mayores honores. Toda la corte se reunía en la biblioteca para escuchar las lecciones de Descartes. A los 53 años Descartes muere, quizás por no soportar los rigores del clima tan frío.

A la salida de la escuela de la Fleché Descartes afirma sentirse desorientado, se da cuenta de que no posee un criterio, una norma, una regla, un modo, una manera para distinguir lo verdadero de lo falso. Surge entonces en él el deseo de buscar un método de conocimiento mediante el cual guiar su razón y aumentar sus conocimientos.

Descartes considera la razón como aquello que constituye, que caracteriza a la subjetividad humana, al ser humano. Esta razón es única, es decir la misma razón para todos los seres humanos y universal, es decir se aplica a todos los ámbitos del saber.

El primer fruto de esta razón son las matemáticas. A Descartes le maravillaban las matemáticas por la certeza y evidencia de sus razonamientos. Se extrañaba que siendo sus cimientos tan sólidos y firmes sólo se aplicara para el ámbito de la ciencia, para las artes mecánicas y no para la filosofía.

El primer objetivo de la filosofía de Descartes es encontrar un método de conocimiento que basándose en la razón sea aplicable a todos los ámbitos del saber. Este método ya lo poseía la matemática. La razón había sido utilizada de este modo sólo en matemáticas, con resultados admirables, nada impide que su uso se extienda a todos los ámbitos del saber. Pero Descartes no podía tomar el método y aplicarlo directamente a la filosofía sino que antes tenía que hacer una triple tarea:

1. FORMULAR las reglas del método, teniendo en cuenta que esas reglas ya estaban en el ámbito de las matemáticas.
2. FUNDAMENTAR con una investigación metafísica el valor universal y absoluto de ese método.
3. DEMOSTRAR la fecundidad del método a todas las ramas del saber.

Descartes define el método como el conjunto de reglas ciertas y fáciles que hace que quien las siga correctamente jamás cometerá un error, jamás confundirá lo verdadero con lo falso.

En su obra "Las reglas para la dirección de espíritu", Descartes elabora 21 reglas, pero ante tanta complejidad las reduce a 4 reglas fundamentales:

1. REGLA DE LA EVIDENCIA: consiste en no aceptar nunca como verdadero ningún conocimiento, que no se conozca con evidencia, evitando la precipitación, y no incluir en mis juicios nada más que aquello que se presenta a mi entendimiento de forma clara y distinta. Un conocimiento es evidente cuando yo no tengo ocasión de ponerlo en duda. Descartes opone la evidencia a la conjetura. El acto por el cual captamos la evidencia es la intuición. Descartes entiende por intuición "no el testimonio fluctuante de los sentidos, ni el juicio erróneo de la imaginación, sino un conocimiento no dudoso de la mente pura y atenta que nace de la sola luz de la razón".

Para que un conocimiento sea evidente necesita tener dos características: claridad y distinción. Un conocimiento es claro cuando está presente en mi entendimiento. Un conocimiento es distinto cuando en ese conocimiento sólo se incluye lo que pertenece a ese conocimiento y no se mezcla con otro conocimiento.

2. REGLA DEL ANALISIS: consiste en dividir cada una de las dificultades que estamos analizando en el mayor número de partes posibles para resolverlas mejor.

3. REGLA DE LA SINTESIS: consiste en conducir más pensamientos por orden comenzando por los más fáciles y simples de conocer e ir ascendiendo poco a poco hacia conocimientos más difíciles y complejos.

4. REGLA DE LA ENUMERACIÓN: consiste en revisarlo todo para tener la completa seguridad de que no nos hemos olvidado nada.

Lo que más complacía a Descartes de este método era el haber utilizado en todo su razón.

Ahora bien, el hecho de que las matemáticas se sirvieran de estas reglas con gran éxito no significa que las pueda aplicar a otros ámbitos del conocimiento. Podría suceder que fueran útiles para los fines matemáticos pero inaplicables fuera de ese ámbito, concretamente a la filosofía. Por eso Descartes debe llevar a cabo una investigación que justifique, que fundamente, ese método y esas reglas. Descartes está firmemente convencido de que para encontrar el fundamento de su método ha de llevar a cabo una crítica radical a todo el saber anterior. Esta crítica consiste en no aceptar ningún conocimiento como verdadero, en considerar como falso todo aquel conocimiento que no sea absolutamente cierto, verdadero, evidente, libre de toda duda. La pretensión de construir la filosofía sobre verdades absolutamente ciertas es una pretensión claramente racionalista. Un conocimiento es absolutamente cierto cuando sobre él no puede haber duda alguna.

Esta duda no es real es una duda supuesta, fingida, hipotética.

Si después de esta duda tan radical encuentra un conocimiento absolutamente cierto estará justificado su método.

De lo primero que Descartes comienza a dudar es del conocimiento que nos proporcionan los sentidos. Los sentidos a veces nos engañan, por tanto puede que

nos estén engañando siempre, vamos a suponer que nos engañan siempre. Tal vez la realidad no es tal como nuestros sentidos la percibe, pero esa realidad existe.

A lo que Descartes añade otro motivo de duda. A veces confundimos la vigilia con el sueño. El mundo de los sueños se nos puede presentar tan real, que a veces no podemos distinguir la realidad del sueño. Podemos suponer que todo lo que pensamos que es real no es más que un sueño.

Ahora bien, las realidades matemáticas son ciertas estemos despiertos o dormidos. Tanto despiertos como dormidos $2 + 2 = 4$, un triángulo tiene tres lados. Añade, entonces, Descartes un tercer motivo de duda. Tal vez hayamos sido creados por un Genio Maligno que nos hace equivocarnos en todo, incluso en las verdades matemáticas.

Después de esta duda tan radical Descartes pensó que había caído en un escepticismo, pero no fue así porque después de esa duda tan radical Descartes va a encontrar su primera verdad absolutamente cierta, verdadera, evidente y libre de toda duda y por tanto, quedara justificado su método.

Así razonó Descartes “yo puedo admitir que me engaño de todas las maneras, puedo suponer que no existe lo que percibimos que no existe el mundo ni yo mismo pero para engañarme, para fingir, para dudar y decir que todo es falso, es necesario que yo que pienso sea algo; yo puedo pensar, dudar, engañarme, pero para dudar, para engañarme, es preciso que yo exista, cogito ergo sum “Pienso luego existo”.

La verdad “pienso luego existo” sólo afirma que yo existo como un sujeto que piensa, nada dice de mi existencia corporal o material, esa existencia aún está puesta en duda. Sólo existo como un ser que tiene pensamiento, razón, entendimiento, espíritu.

En estos momentos Descartes sólo cuenta con una realidad, la existencia del yo pensante, pero no cuenta con ninguna otra realidad externa al pensamiento. Por tanto a partir de esa verdad debe deducir Descartes todos los demás conocimientos, la existencia de otras realidades fuera del pensamiento. Para hacer esta deducción Descartes cuenta con dos elementos:

1. La actividad del yo: yo pienso.

2. Lo que yo pienso: Ideas. Descartes define las ideas como las representaciones, los cuadros, las imágenes mentales de los seres.

Descartes distingue tres tipos de ideas:

1. ADVENTICIAS: Son aquellas ideas que provienen de las realidades externas al pensamiento (mesa, tierra, árbol, cielo, justicia, amor)

2. FACTICIAS: Son aquellas ideas que elabora mi mente por medio de la imaginación (dragón, unicornio)

3. INNATAS: son aquellas ideas que están en mi entendimiento, en mi pensamiento, en mi razón, en mi espíritu desde que nazco, las poseo por naturaleza, no son aprendidas. Son ideas innatas el Pensamiento, la Existencia y Dios como ser Perfecto.

Descartes analiza profundamente los tres tipos de ideas para ver si alguna de ellas le sirve para deducir otras verdades y sobre todo para deducir una realidad externa al pensamiento.

Descartes descubre la idea de Infinito y afirma que es aplicable a Dios como ser perfecto. Pero el hecho de que tengamos en nuestro pensamiento la idea de Dios, demuestra que Dios existe. Descartes va a demostrar la existencia de Dios a partir de la idea que tenemos de él. Para ello va a utilizar tres argumentos.

1. Dios es un ser Infinito, la idea de Dios como ser Infinito requiere haber sido producida por una causa también infinita, es decir de la misma proporción. Es ser humano como ser infinito no puede producir una idea infinita, sino proporcional a él, es decir finita. Yo no puedo haber puesto la idea de Dios en mí mismo porque soy un ser finito por lo tanto esa idea la ha puesto en mí Dios, por tanto Dios existe.

2. En la idea de Dios están incluidas todas las perfecciones, Dios es infinitamente bueno, verdadero, omnisciente, omnipresente, eterno, único, todopoderoso etc, no le puede faltar una cualidad que el ser humano tiene, la existencia, por lo tanto Dios existe.

3. El ser humano es un ser finito, limitado, imperfecto. Si fuese la causa de sí mismo se hubiese dado todas las perfecciones. Pero perfecto sólo es Dios. Como no puede ser causa de sí mismo, ha tenido que ser causado por una causa infinita, Dios, luego, Dios existe.

Demostrada la existencia de Dios vamos a deducir, la existencia de la realidad del Mundo cuya existencia estaba puesta en duda. Así razonó Descartes "Dios es infinitamente bueno y verdadero, no va a crear un ser que se engañe al afirmar que la realidad existe, por tanto el Mundo existe"

Para Descartes hay tres ámbitos de la realidad:

1. Dios o sustancia Infinita.
2. Yo o sustancia pensante.
3. Mundo o sustancia extensa.

La propiedad de los seres físicos y materiales es la extensión. Descartes distingue dos tipos de propiedades de los seres extensos.

1. CUALIDADES PRIMARIAS: son las cualidades objetivas de los seres, es decir las que se pueden medir y cuantificar matemáticamente, temperatura, movimiento, altura, forma, densidad, volumen, masa, peso, longitud. Las que se captan por medio de la razón y son ciertas.

2. CUALIDADES SECUNDARIAS: son las cualidades subjetivas de los seres, color, sabor, olor, sonido, textura. Las que se captan por medio de los sentidos y nos pueden inducir a error.

Descartes define el término sustancia como "aquello que no necesita nada más que de sí mismo para existir". Si tomamos esta definición al pie de la letra solo existirá Dios, porque los demás seres, pensantes y extensos, son causados por él.

Pero Descartes aplica el término sustancia tanto a los seres pensantes, al Yo, como a los seres extensos, al Mundo para mantener separadas e independientes ambas sustancias.

Pensamiento y extensión son sustancias diferentes. Por ello para Descartes el ser humano se compone de Cuerpo y Alma, el cuerpo es físico, material y extenso. El Alma es racional.

Como sustancia extensa, el ser humano tiene cuerpo y está sometido a las leyes universales, necesarias y mecanicistas de la naturaleza.

Como sustancia extensa, el ser humano tiene Alma, que es racional y está abierta a la libertad, pero sólo en el ámbito de la moralidad.

Lo fundamental del ser humano es su capacidad racional, la cual se ve perturbada por las pasiones del cuerpo que son irracionales y esclavizan la racionalidad del alma y le hacen infeliz. Descartes no pretende eliminar las pasiones, sino controlarlas, es decir, someterlas a la razón. La libertad del ser humano es someterse a los reglas de la razón. Es la razón la que ha de guiar la voluntad y la vida del ser humano. Y no sólo en el ámbito del conocimiento sino también de la moralidad.

CONCLUSIÓN: la filosofía de Descartes, como filosofía racionalista se caracteriza fundamentalmente por ser una filosofía deductiva, que siguiendo el método de las matemáticas, está convencida de que a partir de ciertas ideas evidentes y absolutamente ciertas, que posee nuestro entendimiento, nuestra razón, podemos obtener todos los conocimientos de la realidad. Este racionalismo defiende que el conocimiento aportado por los sentidos no es fundamental para ese conocimiento de la realidad.

RELACION DEL TEMA O AUTOR ELEGIDOS CON OTRA POSICION FILOSÓFICA Y VALORACIÓN RAZONADA DE SU ACTUALIDAD.

1. Descartes al igual que Platón le dan una importancia fundamental a la Razón como fuente de conocimiento. Para ambos el conocimiento de los sentidos es menos valorado. En el caso de Descartes los considera verdadero, aunque nos puedan engañar; por el contrario para Platón los sentidos son siempre falsos y engañosos.
2. De igual manera Descartes y Platón le dan una importancia fundamental a las matemáticas. Platón afirma que es una condición necesaria para estudiar filosofía (no entre aquí nadie que no sepa matemáticas, escribió en la puerta de su Academia). Por su parte Descartes construye su filosofía tomando como modelo el método matemático, porque se basa en verdades absolutamente ciertas.
3. Para ambos la razón piensa Ideas. Las ideas son racionales, en el caso de Platón las ideas tienen una existencia extramental, son auténticas realidades que se encuentran en el mundo inteligible. Para Descartes tienen una existencia mental, son pensadas por el yo.

4. Descartes y Platón afirman que el ser humano se compone de cuerpo y alma. El alma es racional. El cuerpo es físico, material, sensitivo.
5. Descartes recurre a Dios para demostrar la existencia de la realidad, Dios es el creador del mundo. Platón recurre al Demiurgo para afirmar que es el arquitecto o constructor del mundo sensible, tomando como modelo el mundo inteligible.
6. Tanto en Platón como en Descartes la razón es la fuente de conocimiento que debe regir las emociones, los sentimientos, las pasiones de nuestro cuerpo. Para Platón el filósofo debe llevar una vida contemplativa, guiada por la razón y conseguirá llevar una vida buena y virtuosa. Igualmente para Descartes el ser humano no debe precipitarse y someterlo todo al juicio de la razón.

La actualidad del pensamiento de Descartes se centra en varios temas fundamentales:

La racionalidad del ser humano es lo que le caracteriza y esta definición del ser humano como ser racional se ha admitido de forma universal a lo largo de toda la historia de la filosofía. Pero aún así, hay filósofos que afirman que el ser humano, es además locura, mito, fiesta, neurosis, éxtasis etc.

Basándonos en que la razón es universal, la misma para todos los seres humanos, la sociedad actual no se cansa de reivindicar constantemente la igualdad y los derechos para todos los seres humanos.

La filosofía actual sigue debatiendo aún la existencia de realidades metafísicas, alma y Dios. Hay corrientes filosóficas contradictorias que afirman o niegan el conocimiento racional de esas realidades.

La autonomía de la razón que Descartes defiende ha hecho posible el desarrollo científico. Una vez que la razón se ha separado de cualquier creencia religiosa de la fe, se pueden descubrir las leyes físicas del mundo. Pero la lucha de la razón por separarse de la fe, aún sigue manteniéndose por ejemplo con la crítica del Vaticano a la investigación genética y el intento del creacionismo estadounidense por eliminar la enseñanza del evolucionismo en las escuelas.

La matematización de la realidad es una característica que desde Descartes ha impregnado todos los ámbitos de la cultura occidental europea y también americana. Desde los ejes cartesianos hasta el acelerador de partículas, sólo hay un proceso de continuidad que obedece a una única norma: lo real es lo que se puede matematizar. El conocimiento de la realidad se consigue cuando ésta se deja cuantificar. Incluso las ciencias humanas (sociología, psicología, economía, antropología, pedagogía etc.) han convertido las matemáticas en un instrumento necesario en sus investigaciones. La fe que en la Edad Media se tenía en la religión se ha sustituido por la fe en la ciencia.

Se cree que la investigación científica resolverá todos los problemas de la humanidad, por eso los gobiernos insisten en la necesidad de invertir en investigación científica.

Hay afirmaciones cartesianas que vuelven a ponerse de actualidad una y otra vez. Por ejemplo, la sospecha de que la realidad no es más que una ilusión, ha sido el tema de varias producciones cinematográficas. El argumento de no

saber distinguir entre la vigilia y el sueño se refleja en la película " Abre los ojos " del director español Alejandro Amenabar. El argumento del " genio maligno " es revitalizado en " Matrix " , en esta película se nos describe un mundo habitado por seres humanos que creen que ese mundo es real, pero lo que sus sentidos perciben sólo son impulsos eléctricos controlados por un poderosísimo sistema informático, el genio maligno es un ordenador que convierte una realidad digital en una realidad engañosa, pero aparentemente real.